

Cada persona es un misterio de la misericordia divina.

J. Kentenich

Un misterio y un riesgo de Dios

El Padre Kentenich está profundamente convencido de que “cada persona es un misterio de Dios, un regalo de Dios y al mismo tiempo, un riesgo de Dios ... Es un misterio de la sabiduría divina, un misterio de la omnipotencia divina, un misterio de la misericordia divina. ¿Y quién puede arriesgarse a tratar con misterios sin que se apodere de él un estremecimiento, un temor?” (J. Kentenich).

El Padre Kentenich considera que la actitud fundamental adecuada es el respeto, el respeto “ante cada persona, ante cada destino humano, ante cada originalidad, ante cada capacidad”.

En una conferencia para pedagogos, el Padre Kentenich continúa desarrollando estos pensamientos:

“Respeto ante cada persona. Incluso si se tratara de la persona más andrajosa. O si fuera la persona más enferma, si estuviera muy enferma del alma y del cuerpo. Respeto ante cada persona.

Segundo: *Respeto ante cada destino humano.* Incluso si me encuentro ante un destino humano que ha pasado por la noche más oscura, por la culpa más profunda. Respeto ante cada destino humano. No tengo idea de cómo ha sido la cuna de cada persona. No sé qué factores hereditarios trae consigo esta pobre criatura.

Si somos sinceros, si somos objetivos y sinceros, entonces debemos decirnos: Si yo estuviera en esa piel, si yo tuviera ese pasado detrás de mí, ¿en qué situación me encontraría? Por eso: respeto ante cada destino humano.

Tercero: *Respeto también ante cada capacidad.*”

El respeto ante toda capacidad que Dios ha puesto en el hombre ha de manifestarse en el esfuerzo sincero de “hacer madurar esta capacidad, incluso cuando la persona en cuestión más tarde me supere”.

Preservar a las personas del sentimiento de inferioridad

El Padre Kentenich inculcaba este respeto ante lo sagrado en cada persona precisamente cuando percibía faltas, debilidades y pecados en el otro. Solía acentuar: Dios, como Padre misericordioso, mide con otras medidas. Nos ama y esto es lo que nos confiere dignidad, esta no nos podría ser conferida por el estar libre de faltas y carencias. Allí donde nos confiamos al amor de Dios Padre no sentimos más nuestra miseria sino que estamos rodeados por el amor. Dios nos deja algunas debilidades hasta el final para que experimentemos hondamente que eso no es lo decisivo para Él. Lo que Él quiere es nuestro corazón. Por el contrario “el demonio quiere enfermarnos con sentimientos de inferioridad” (J. Kentenich), él nos induce al autodesprecio cuando hemos faltado y pecado. Esta es la mayor mentira de los poderes oscuros.

El Padre Sylvester Heeremann LC realizó la siguiente comparación durante una conferencia en la que procuraba describir el amor de Dios Padre: “Cuando yo era un niño de pecho, ¿qué hice para atraer la atención y el amor de mi madre? Nada. Pero en aquel entonces yo era para ella un bien infinitamente tierno y valioso. No debemos merecernos el amor de Dios. Él nos amó primero. La herida más profunda del hombre es dudar de que sea digno de ser amado. Dios no le hace competencia al hombre. Él nos ha creado como persona única concreta, que lo es cada uno de nosotros, porque nos quería precisamente a nosotros” (Sylvester Heeremann).

El Padre Kentenich demostraba un enorme respeto a las personas que acudían a él con sus debilidades y fracasos, y así se despertaba en ellas una auténtica conciencia de valor, de autoestima. Muchos decían que siempre salían del encuentro con él mejor de como habían llegado. Él veía a cada persona en su totalidad, en su valor y dignidad, en su originalidad. Él podía mirar más allá, no se quedaba en los límites y debilidades sino que veía el misterio de Dios en esa persona.

El filósofo francés Gabriel Marcel dijo cierta vez: cuando se ve al hombre como *problema* y ya no más como un *misterio*, comienza la destrucción de una cultura. El Padre Kentenich tenía respeto ante el misterio de cada persona, también ante el misterio de su debilidad y culpa. Esto podía cambiar muchas cosas para bien.

Respeto ante la persona humana por ser imagen de Dios

Para el Padre Kentenich la edad no era decisiva. Él respetaba al adulto, al joven, al niño. "Majestad del niño!" dijo cuando en cierta ocasión una familia le mostró al hijo nacido poco tiempo atrás. Fuera una persona pobre o rica, sana o enferma, culta o no, de procedencia sencilla o noble: toda persona era para él una imagen de Dios.

Un sacerdote describe cómo observó al Padre Kentenich en su trato con un mendigo caminando por las calles de Roma en 1965: "Él no tenía nada para darle, apenas tenía dinero en el bolsillo, se acercó a él, aunque no supiera su idioma, pero de alguna manera le expresó su amabilidad; este mendigo lo sintió e irradió una alegría agradecida."

Para una joven era un problema llegar a un buen vínculo con personas que le resultaran antipáticas. El Padre Kentenich le dio la siguiente indicación: "Cuando usted haya madurado podrá valorar la originalidad de cada persona y alegrarse por esto." Y él ha dado ejemplo de lo que dijo. Alguien vio cuando el Padre Kentenich pasó por delante de un quiosco de refrescos en Schoenstatt. Éste había sido inaugurado hacía poco tiempo, y no era muy bienvenido en el entorno. La dueña no daba un aspecto muy amigable. Era la hora del mediodía cuando el Padre Kentenich pasó por allí. Saludó amablemente a la señora, se acercó a la ventana del negocio y se interesó por todo lo que ella vendía. Con tranquilidad siguió toda la explicación de la vendedora. Luego la felicitó por su inteligencia con la que había sabido aprovechar este pedacito de tierra. El tono enérgico de la mujer y la expresión seria del rostro desaparecieron por completo y le dieron lugar al buen humor.

"Nos contemplas con mirada paternal y nos participas de la felicidad de tu Hijo"

Así reza el Padre Kentenich al Padre Celestial y con ello describe la dignidad que nos es regalada en el bautismo, a través del cual nos convertimos, en Cristo, en hijos del Padre. En nosotros, Él ama a su Hijo Unigénito, "nos participas de la felicidad de tu Hijo". Es una dignidad capaz de cambiar nuestra vida.

Una semana antes de ser ejecutado, el 23 de enero de 1945, el Padre Alfred Delp escribe en la cárcel de Berlin-Plötzensee una carta a su ahijadito. La carta comienza con las palabras: "Querido Alfredo Sebastián, es mucho lo que una persona debe rendir en su vida. La carne y la sangre solos no logran este rendimiento. Si estuviera ahora en Munich, en este día te bautizaría, es decir: te haría participar de la dignidad divina a la que estamos llamados. El amor de Dios, una vez en nosotros, nos ennoblece y nos transforma. Somos – desde entonces – más que hombre: la fuerza de Dios está a nuestra disposición. Dios mismo vive nuestra vida con nosotros: esto debe permanecer así y aumentarse, niño. De esto depende también si un hombre tiene un valor definitivo o no. Y se convertirá en un hombre valioso."

Una joven de nuestro Movimiento de Schoenstatt dice algo que parece un comentario a esta carta: “Sí: cuando sabemos realmente de nuestra nobleza en lo más hondo de nuestro corazón, verdaderamente podemos dominar la vida. Entonces irradiamos y nos animamos a arriesgar algo.” Cuenta cuán concreto puede ser este sentimiento de vida: “Por ejemplo cuando nuestras chicas van a comprar y tienen el sentimiento: ‘esto combina conmigo’ ... o cuando las chicas piensan, al abrir un perfil de facebook, lo que realmente se puede compartir, hasta dónde quieren comunicar lo propio en internet.”

Quien experimenta su dignidad tiene más seguridad en sí mismo. Esta dignidad, que es independiente de nuestras carencias personales, es el regalo más hermoso de la misericordia de Dios.

Compartir el regalo con muchos

El año de la misericordia es una invitación a transmitirle este sentimiento de vida a muchos, justamente a aquellos que son empujados o relegados a la periferia en nuestra sociedad. Podremos ayudarles económicamente – el aporte más importante es la estima de su dignidad. “No alcanza con darle mucho dinero a los demás”, dice el padre Kentenich en una prédica en Milwaukee. “... Se trata de, como Jesús, tener un interés personal en el otro. Esta es la gran necesidad del tiempo actual: Los hombres de hoy quieren saberse aceptados, quieren experimentar que se tiene interés en ellos, quieren tener el sentimiento de que alguien los quiere a ellos y no solo a sí mismo. Por eso la gran ley que Monseñor Keppler formulara del siguiente modo en su tiempo: Das dinero – le das a tu prójimo dinero, movido de algún modo por la misericordia – entonces hazlo con amor, nada sin amor! No puedes dar dinero, entonces por lo menos da un buen consejo, da una mirada amigable; pero hazlo siempre por amor! Si no puedes dar nada en absoluto, pero realmente nada, entonces ten por lo menos el anhelo de abrazar a las personas con amor y servir las. Y si además tu alma está despierta para el bien del prójimo, entonces reza por los intereses de las personas; pero hazlo siempre por amor, por interés personal, no partiendo de una frialdad interior que obra porque de algún modo existe esta ley.” (J. Kentenich)

© Secretariado Padre José Kentenich